



Regresar a los años 70 no salvará a México

Adoptar el proteccionismo para evitar el dumping chino y apaciguar a Trump fracasará, tal como fracasó la sustitución de importaciones.



EDUARDO PORTER | 01 DE OCTUBRE DE 2025

Una de las preguntas más importantes que Donald Trump planteó al mundo es qué reemplazará el proceso de globalización que moldeó la economía mundial durante medio siglo. México acaba de dar un paso hacia la respuesta, y el nuevo paradigma que propone no parece prometedor.

El mes pasado, la presidenta Claudia Sheinbaum anunció un aumento de aranceles de hasta el 50% sobre las importaciones procedentes de países con los que México no tiene un acuerdo comercial. La lista incluye, en particular, a China, pero también a Corea del Sur, India, Indonesia, Tailandia, Rusia y Turquía. En total, estos aranceles afectarán aproximadamente 52 mil millones de dólares en importaciones mexicanas, lo que representa aproximadamente el 8.6% del total.

La medida busca principalmente apaciguar a Trump, enviando la señal de que México no se convertirá en un centro de distribución de productos chinos con destino a Estados Unidos. Sin embargo, este nuevo proteccionismo supone una ruptura radical con el modelo económico abierto que moldeó la política mexicana durante el último medio siglo, orientándola hacia la sustitución de importaciones con productos nacionales para impulsar la industria nacional. Si bien este cambio podría



parecer un signo de los tiempos, México ya intentó algo similar hace décadas, y fracasó.

De hecho, la nueva política de Sheinbaum se asemeja a una etapa anterior de "sustitución de importaciones", adoptada por países de América Latina desde la década de 1950 hasta la de 1970. Nació de la idea de que exportar materias primas a países desarrollados a cambio de productos manufacturados era un trato injusto que los condenaría a la pobreza. Ese experimento culminó en una enorme crisis de deuda que marcó el comienzo de un período de declive económico conocido en toda la región como la "década perdida".

Incluso tenía un historial económico, apoyado, entre otros, por el argentino Raúl Prebisch, entonces director de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe, así como por economistas como Gunnar Myrdal y Albert Hirschman. Estos propusieron fomentar la producción nacional de bienes de consumo tras un muro de protección, bajo el supuesto de que esto, en última instancia, generaría una industria exportadora nacional.

No fue así. Las barreras comerciales fomentaron la proliferación de pequeñas empresas ineficientes que abastecían el mercado interno con productos de baja calidad, a la vez que desalentaban la inversión necesaria para desarrollar industrias competitivas y orientadas a la exportación. La productividad se estancó mientras el clientelismo y la corrupción prosperaban, pues las empresas buscaban mayor protección y apoyo gubernamental.

Para ser justos, Sheinbaum puede presentar argumentos plausibles para abandonar el camino del libre comercio y la globalización que México ha seguido desde la década de 1980. No cumplió. México creció menos que el promedio mundial en 28 de los 39 años posteriores a su adhesión al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio, predecesor de la Organización Mundial del Comercio, en 1986. Ha crecido por debajo del promedio mundial en todos los años, salvo siete, desde que entró en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte en enero de 1994.

La productividad se ha estancado durante décadas: el PIB por hora trabajada de México fue menor en 2023 que en 2005, según datos de la OCDE calculados en términos de paridad de poder adquisitivo constantes de 2020. No es descabellado afirmar que este pésimo desempeño justifica



una reevaluación de la vieja afirmación de que adoptar el libre comercio proporcionaría un camino seguro hacia la prosperidad.

Sheinbaum también puede argumentar que el nuevo proteccionismo es oportuno. A México le preocupa que China inunde los mercados mundiales con su vasta oferta de productos manufacturados. Los nuevos aranceles pueden presentarse como un medio para reducir el creciente déficit comercial de México con China, que alcanzó los 120 mil millones de dólares el año pasado.

Finalmente, puede argumentar que México tiene pocas opciones. Las exportaciones a Estados Unidos representan casi un tercio de su PIB. Es comprensible que México intente por todos los medios alinearse con los apetitos proteccionistas de Trump y su desconfianza hacia China. Y, sin embargo, dada la historia de México, es poco probable que la nueva estrategia funcione.

Si hay un lado positivo en las aspiraciones de Sheinbaum es que no parecen derivar de una nueva postura ideológica contra el comercio y la inversión internacionales. Todos, desde el presidente hasta los más bajos, parecen aceptar que el futuro de México depende de su integración a la economía norteamericana y del aumento de la inversión extranjera.

Pero el plan contiene muchas ideas absurdas. Pretender que las empresas mexicanas abastezcan la mitad del mercado nacional de textiles, calzado, muebles y juguetes es bastante retrógrado. Lo mismo ocurre con los planes de desarrollar un modelo nacional de vehículos eléctricos tras muros de contención para mantener a raya a los chinos.

Sheinbaum podría consolarse con el hecho de que el Washington de Trump esté adoptando algunos de los mismos experimentos proteccionistas que México emprendió en su momento. Ojalá recuerde lo mal que salieron la última vez, antes de que sea demasiado tarde.

<https://www.ft.com/content/2f9deac2-b688-49c3-a5c3-b3ec4fc99232>